

MATHIEU HERMANS

A CONTRACORRIENTE



© Mathieu Hermans, del texto original 2022.

Basado en el libro *Mathieu Hermans: tegen de stroom* de John van Ierland, 2013.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.

Gordoniz 47B

48012 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: junio 2022

Adaptación del texto: Juanfran de la Cruz y Pedro Larrayoz.

Edición: Eneko Garate Iturralde

Fotos de portada e interior: CorVos.

Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekerro García

ISBN: 978-84-123244-8-8

Depósito legal: BI 00681-2022

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

ÍNDICE

Prólogo: No se bajaba de la bici	13
1. Cinco florines	19
2. Mari Voets	25
3. Albert Stofberg	29
4. En la escuela	33
5. Mi primer año como juvenil	37
6. Selección nacional	43
7. Con el equipo Amstel	53
8. Ciclocrós	59
9. Servicio militar	61
10. Álbumes de recuerdos	65
11. Último año como aficionado	67
12. Profesional	71
13. ¡No es un escalador!	81

14. Pestoso	87
15. Mi primera Vuelta a España	89
16. Diferencia cultural	95
17. Critériums posTour	99
18. Vuelta a los Países Bajos	101
19. Bernard Hinault	103
20. Erwin Nijboer	105
21. El material	109
22. En el velódromo	113
23. La victoria número 100	119
24. El período previo al Tour de Francia	123
25. Un sueño llamado Tour de Francia	125
26. La peña Hermans	131
27. 67 kilos de queso	135
28. Mi primer Giro de Italia	137
29. La clavícula	141
30. Euskadi	145
31. Temporada 1988	149
32. Esparza	153
33. Seis etapas en la misma Vuelta a España	157
34. El esprint	165
35. El Tour de Francia es diferente	169

ÍNDICE

36. Volver a levantar los brazos	171
37. El equipo se internacionaliza	175
38. Dos picos de forma	179
39. Blagnac	183
40. Una entrevista con Mart Smeets	187
41. Mi batalla con Van Poppel	193
42. El equipo de entrenamiento	195
43. ¿Cómo será 1990?	199
44. Seur	201
45. Lotus-Festina	205
46. Cierre a una carrera	211
47. Reconocimientos	215
48. Un diamante en bruto	217
49. A contracorriente	219
50. Mateo	221
Epílogo: Uno más en la familia	225
Palmarés	229

Prólogo

NO SE BAJABA DE LA BICI

Por Juan Mari Guajardo Aranguiz¹

Es como si estuviera ahora mismo en ese preciso instante. Parece que lo estoy viendo. Puedo escuchar la secuencia, todas y cada una de las palabras. Y el tono, un tono exclamativo, de sorpresa absoluta y también complicidad. «¡Pero Pedro! ¿De dónde has sacado a este loco?». Veo a mi padre charlando con Pedro Larrayoz, interesándose sobre aquel chavalote extranjero que tanto había llamado la atención del público en el ciclocrós celebrado en el Camping de Zarautz. Aquello de por sí era una fiesta. Muchísima gente disfrutando de la prueba. Y entre tanto ambiente, para sorpresa de los espectadores, un chico absolutamente desconocido, uno de fuera, del norte de Europa o por ahí, que va superando todos los obstáculos del recorrido sin bajarse de la bici. ¡Que viene el holandés! ¡Y llegaba y lo saltaba! Para mí, un niño con cinco o seis años algo timidillo, aquello era impresionante. Algo nunca visto. Realmente aquello fue la comidilla de todos.

Ese chaval se llamaba Mathieu, aunque desde el primer momento para todos fue Mateo. Yo creo que la de aquel día tuvo que ser una de sus primeras actuaciones en la Península, si es que no

¹ Juan Mari Guajardo es la voz de ciclismo. El navarro es el speaker oficial de las principales pruebas del calendario profesional español, con la Vuelta a España al frente, así como de otras categorías y disciplinas.

fue la primera, y muy posiblemente fue el primer ciclista extranjero con el que yo tuve contacto. «¿De dónde has sacado a este loco, Pedro?». Aún puedo escuchar claramente a mi padre, Juan Mari, sonriendo a su amigo, al mismo Pedro con el que recorrió tantos kilómetros junto a Íñigo Muñoyerro y Benito Urraburu por las carreteras españolas siguiendo el calendario ciclista profesional. Vaya cuatro. Cuatro grandes amigos unidos por una misma pasión, los cuatro prácticamente uña y carne; una amistad sólida, profunda y sincera cincelada durante el seguimiento de este deporte en unos tiempos en los que la cobertura era bien diferente a la actual. Las carreras ciclistas entonces se vivían de otra forma; ahora en nuestros tiempos todo es más inmediato y las posibilidades de lo digital, el aquí y ahora, han supuesto una evolución. Ni mejor ni peor. Diferente. Cada época tiene su contexto, sus medios y sus posibilidades. Pero cubrir el ciclismo entonces... era otra cosa.

Mi padre era responsable de compras en Inasa, la empresa que alumbraría el futuro equipo Reynolds; él fue testigo de su gestación, pero nunca tuvo nada que ver con la formación de forma directa. Su vinculación con el ciclismo, o con otros deportes como la pelota o incluso el fútbol, llegó por su pasión por el periodismo. Él colaboraba con diversos medios de comunicación, como *Navarra Hoy* o Radio Popular, entre otros, y esos trabajos le permitían seguir el ciclismo profesional entre bambalinas. Vuelta al País Vasco, Bicicleta Eibarresa, Gran Premio Navarra, ciclismo aficionado... Allí donde él iba muchas veces íbamos también mi hermana Mónica y yo. Fue el caso de aquella carrera de ciclocrós en Zarautz. Cita a cita, prueba a prueba, nuestro padre nos fue transmitiendo su pasión por este maravilloso deporte. Y algunas de las experiencias, inocentes testigos directos de la labor de nuestro padre, calaron hondo en nuestro ser. Fuimos unos pequeños privilegiados. Al fin y al cabo, los recuerdos de la niñez siempre tienen un peso especial en una trayectoria vital, o eso dicen. Y por eso aquel holandés loco saltando obstáculos es uno de mis primeros recuerdos ciclistas.

Por su forma de correr, por su carisma, por su cercanía tanto propia como a través de Pedro y su familia, Mateo Hermans tam-

bién acabó siendo uno de los «*culpables*» de que yo me aficionara a este deporte más aún. Su nombre está indisolublemente asociado a una época del ciclismo español. Mientras él iba progresando en lo deportivo, yo iba madurando vitalmente. Él ganaba carreras. Yo me iba haciendo mayor. En ese camino, con la cercanía de la radio como aliada y nexo de unión, Mateo me acompañó en mi adolescencia mientras yo iba siguiendo sus mejores años. Recuerdo a la perfección la Vuelta a España de 1988, aquella que partió desde las Islas Canarias. La Vuelta se celebraba en primavera, entre los meses de abril y mayo, algo que aún le resulta extraño y complicado a las nuevas generaciones. Aquella Vuelta, en general aquellas vueltas, eran muy radiofónicas. Ya había televisión, pero la cobertura de las diferentes emisoras era muy importante. Y para un chaval que estaba en clase, la radio era la única aliada para poder estar al tanto de la carrera hasta que pudiera ver el resumen televisivo de la noche. Algún que otro castigo me he llevado por este motivo. Es más, ¡alguna vez me han echado de clase por estar pendiente de la etapa de la Vuelta por el transistor!

Recuerdo a la perfección la narración de su victoria en la etapa con final en Albacete. Favorito para la victoria por su velocidad, y por llevar ya varios triunfos en aquella Vuelta, una caída va y lo deja fuera de juego. O eso parece. Pero se rehace a toda velocidad, encuentra la ayuda de su inseparable compañero Nijboer y acaba ganando. ¿Cómo ha podido suceder? No veía el momento de que llegase la hora del resumen. La espera se hace larga, pero merece a pena. Aquella secuencia me dejó impactado. Las calles de la capital manchega abarrotadas. Ese giro a izquierda, con Nijboer marcando el ritmo y Mateo rodando en tercer lugar de la fuga. El incidente. El pie izquierdo que permanece en el pedal. El corredor recorriendo la verticalidad en un santiamén y acabando de nuevo en la fuga, listo para esprintar y batiendo a un tal Claudio Chiappucci... Gestionar así una caída en el último kilómetro y acabar ganando es algo que pueden hacer muy, muy pocos. «¡Este tío es un fuera de serie!», pensé tras verlo.

Directa o indirectamente Mateo es parte de nuestro imaginario colectivo como generación. Fue un ciclista de referencia en

la segunda mitad de la década de los 80 y en los primeros años de la de los 90. Era un ganador, capaz de triunfar en diferentes circunstancias de carrera. Era rápido, muy rápido. Daba igual que fuera extranjero, Mateo era un foráneo, pero estaba en un equipo español. Él era uno de los nuestros. Él o también Nijboer se integraron rápido y nosotros les adoptamos más rápido aún. Él era simplemente Mateo. Es Mateo. Valora mucho España, el País Vasco, la siente como su segunda casa y no es para menos porque aquí tiene a su segunda familia. Grabado en mi memoria tengo una imagen, ganando, con aquella equipación tan característica que portaba el equipo Caja Rural.

Profesionalmente he tenido la fortuna de compartir momentos con él. No de su carrera en sí, porque yo debuté como *speaker* unos años después de que se retirase y mi primera Vuelta a España fue la de 1997, la edición que partió de Lisboa. Pero sí hemos coincidido en la Klasika Marino Lejarreta que todos los años se organiza en Ordizia para exprofesionales. O también en pruebas del calendario profesional, a través de su labor en la firma textil Bioracer. Pero sobre todo a través de la Vuelta a España, ya que Mateo ha sido un embajador de excepción en la organización tanto de la Gran Salida desde Assen de 2019 como en el proceso de la salida desde Utrecht prevista para 2020 que finalmente se movió a 2022 por la COVID-19. Siempre acaba saliendo a colación la anécdota de su caída y su victoria en Albacete. Y es realmente sorprendente la buena memoria que tiene para los diferentes momentos y las diferentes experiencias que ha vivido en su carrera. Mateo es la personificación de la gran fortuna que he tenido en mi camino vital por trabajar en lo que más me gusta; y me apasiona y me reafirma en la grandeza de este deporte único: de verle competir, junto a mi padre, siendo un niño a finalmente poderle entrevistar en varias ocasiones.

Mateo me traslada a nuestra infancia y a nuestra juventud. Mateo Hermans es sinónimo de nuestros primeros recuerdos sobre este mundillo. Mateo Hermans es también testimonio de la gran amistad que unió a mi padre con Pedro Larrayoz, un respeto y una admiración que también nos contagió junto a la predilección por

el ciclismo. Mi padre falleció en 1995, ha pasado mucho tiempo, pero no hay día en el que no me acuerde de él. Nos transmitió un legado de amor, estima y afecto por este deporte que no es solo mi medio de vida, es mi pasión. Mateo es aquel niño de cinco o seis años en Zarautz, junto a su padre, un día de noviembre.

— ¡Pero Pedro! ¿De dónde has sacado a este loco?

1. CINCO FLORINES²

Mi interés por el ciclismo es una herencia de mi padre, Piet. Natural de Ospel, una parroquia del municipio de Nederweert, mi progenitor intentó durante su juventud dirigir sus pasos hacia el profesionalismo. Buscó ayuda en mis abuelos, Mathijs y Cornelia, pero no encontró su comprensión. Para ellos el ciclismo era una actividad propia de las clases más bajas y nunca estuvo entre sus prioridades para los planes de su retoño. A mi padre eso le marcó para el resto de su vida. Le dolió mucho no poder practicar el deporte que más amaba y por este motivo siempre que pudo calmó esa sed acudiendo a ver en directo pruebas ciclistas.

El ciclismo nunca fue mi primera opción a la hora de practicar deporte, pero estoy seguro de que esa pasión paterna fue fundamental para que al final me acabase decantando por este. Hasta cierto punto es normal que los hijos tiendan a imitar aquello que bien ven o bien les inculcan en casa y las actividades deportivas no son una excepción. Aunque en nuestra casa las palabras «ciclismo» o «bicicleta» tampoco eran de las más comunes, quién sabe si por una innata e inconsciente influencia del freno que le impusieron sus padres al mío durante su juventud...

Mis primeros pasos competitivos llegaron con el judo, aunque esa aventura tampoco duró mucho. El judo no me llenaba. Tenía que esperar bastante tiempo hasta que por fin podía salir a competir. Y cuando llegaba el momento no pasaba de los dos minutos sobre el tatami. Yo necesitaba hacer algo más, sentir más esfuerzo, más actividad. Necesitaba algo más dinámico, sentirme más vivo, algo que me agitase como si estuviera disparando con una metra-

² Unos dos euros, aproximadamente.

lleta. ¡Ra ta ta ta ta! Fue en ese preciso momento en el que me acerqué al atletismo. Realmente parecía que este era el deporte más apropiado para mí. Pero no siempre «parecer» y «ser» van de la mano y acabé dándome cuenta de que tampoco me llenaba del todo. Lo mío no eran los deportes que se desarrollan sobre cortos intervalos de tiempo. Necesitaba algo más duradero.

Y así fue que llegó el día en el que me animé a probar en el ciclismo. ¿Por qué no? Para la práctica del atletismo basta con un par de zapatillas, pero para el ciclismo necesitas sobre todo una bicicleta de carreras. Que yo no tenía. Y en ese momento, por mucha pasión infantil que tuviera mi progenitor, mis incipientes ganas de iniciarme y probar eran vistas con cierto recelo en casa. Un peligro para la economía doméstica. «Ahora el niño quiere una bici y ya verás cómo al final el capricho y las ganas le van a durar unos meses», se temía. Pero mi padre asumió el riesgo, por suerte para mí, dándole también una vuelta a la forma de satisfacer mi petición. Hizo algunos ajustes en una vieja bicicleta de paseo que teníamos en casa para convertirla en una auténtica bici de carreras: le quitó los guardabarros, las luces, la dinamo, el portaequipaje, el protector de la cadena... y todas esas cosas que una auténtica bicicleta de competición no necesita. También le cambió el manillar y le puso uno más curvo, pero con los frenos no pudo hacer mucho y acabó dejando los originales. Si mirabas desde cierta distancia, el invento daba el pego. A mí, personalmente, me daba bastante igual la estética: yo tenía mi bici y podía quemar toda la energía que quisiese.

Mis padres fueron conscientes desde el principio de que con el ciclismo había hechizo. Desde muy pronto había entrado en contacto con un grupo de chavales de nuestro barrio que también practicaban este deporte y con los que comencé a compartir andanzas. Les gustaba verme así, pero también les parecía que la bici me daba demasiada libertad. No dejaba de tener ocho años. «Si quieres seguir practicando ciclismo tienes que inscribirte en algún club», me plantearon un día. Y acepté su sugerencia. En la localidad de Drunen, no muy lejos de nuestra residencia en Waalwijk, tenía su sede el Club Ciclista Presto. Sus entrenamientos solían realizarlos en Overlaatsweg, a medio camino entre Drunen y Waalwijk. Una ubi-

cación ideal, no muy lejos de casa, que me animó definitivamente a convertirme en un «prestoriano». En aquellos entrenamientos con los chicos del club, superada la timidez típica de los primeros días, comencé a sentirme ciclista. Pasado un tiempo, cuando mi interés por este deporte era más que evidente, uno de los responsables del Club Ciclista Presto me hizo una observación sobre mi montura: «La tuya no es una verdadera bici de competición, sino una normal con un manillar doblado. No es algo que le dé buena imagen al club». Sus palabras me dejaron un poco confundido y temía que cuando se lo contase a mi padre su reacción no fuera la mejor, pero consideré que tenía que hablar con él y trasladarle esta opinión. Fue toda una sorpresa para mí que, precisamente, aquello no le sorprendiera. Al fin y al cabo, él había sido el artífice de la transformación de una vieja bici de paseo en una bici de carreras. Mi padre comprendió que su hijo por fin había encontrado un deporte que verdaderamente le llenaba y quería seguir practicando.

Mi padre y yo fuimos a Dongen, a la tienda Cycles Jabo gestionada por Jasper Bouma. Allí asistí al montaje de una bicicleta con un cuadro personalizado con mis medidas. Cycles Jabo contaba con su propio equipo ciclista, una formación en la que competían corredores como Louis Westrus o Co Moritz, y las bicicletas Jabo habían sido utilizadas por corredores de gran renombre como Joop Zoetemelk³ y Gerben Karstens⁴ en su época como aficionados. Este

³ Joop Zoetemelk (La Haya, 1946) es uno de los mejores corredores neerlandeses de la historia, en su día elegido como el mejor corredor de su país de todos los tiempos, con un larga y extensa carrera deportiva en la que logró, superada ya la treintena, victorias en el Tour de Francia (1980) y la Vuelta a España (1979). En 1985 conquistó la prueba en ruta de los Mundiales de Ciclismo, celebrados ese año en Gavera de Montello (Italia). Zoetemelk también cuenta con grandes resultados en el campo aficionado: logró la medalla de oro en los 100 kilómetros contrarreloj por equipos de los Juegos Olímpicos de 1968 y un año después se impuso en la general final del Tour del Porvenir. Además, todo un récord de la prueba, participó en dieciséis ediciones del Tour de Francia, llegando al final en todas ellas.

⁴ Gerben Karstens (Voorburg, 1942) es otro de los grandes ciclistas que han dado los Países Bajos y en su carrera destacó por sumar éxitos parciales en multitud de pruebas, además de ser campeón nacional de su país. Ganador de etapa en las tres grandes vueltas, 21 éxitos en total, 14 de los mismos llegaron en seis de sus participaciones en la Vuelta a España.

segundo detalle quizá fuera la causa de la gran atracción que sentía por esta marca. ¡La misma de Zoetemelk o Karstens!

Yo, un chico de ocho años, tenía una bicicleta Jabo y seguía entrenándome con todas las ganas del mundo. Acabaron llegando las oportunidades de competir contra mis compañeros. Mi moral era alta, pero mi constitución física no era la misma que la suya. Por mucho empeño que le pusiera, no podía ganarles en ninguna carrera. Yo lo intentaba siempre, incansable. Nunca me rendía. En Veghel, en Uden, en Schaijk... en todas las pruebas que se celebran por nuestra zona. Lo intenté una vez. Y otra. Y otra... Pero no era capaz ni de acercarme a acariciar esa victoria. ¡Los rivales tenían mucha más fuerza en las piernas que yo!

Sucedió que llegó el momento de la carrera de Purmerend. No sabría decir por qué acudir a esta carrera me entusiasmó tanto de antemano. Tal vez por esa conocida canción infantil, «*Op de step*», que dice aquello de «¿Conoces el camino a Purmerend?». Lo cierto es que llegó el día y recorrimos los casi 130 km que separan Waalwijk de Purmerend para competir en la edición de 1972 de una carrera de apenas cinco kilómetros. Sobre mi flamante bicicleta Jabo y luciendo un maillot rojo con el nombre del patrocinador del club impreso en grandes letras, «Batavus, C. van Loon, Drunen», me situé en la línea de salida justo al lado de la campana que debía de anunciar en un rato el último giro y el final de la carrera. ¡Allí estaba yo! Con una ligera tensión, algo nervioso; mirando a mi alrededor, y viendo que los rivales no mostraban la misma sensación que yo tenía en esos momentos. Quizá la sensación fuera demasiado evidente, lo cierto es que un hombre que no había visto jamás se me acercó y me dijo: «Si ganas esta carrera te daré cinco florines como premio». Mi reacción fue la de mirarle con incredulidad, aunque asentí de forma automática. La carrera iba a comenzar en breve y el hombre se perdió entre el público.

Mi mente no estaba puesta en esos cinco florines, una cantidad de dinero importante para un chico de ocho años; mi mente estaba en la carrera. Tras el pistoletazo de inicio comenzamos a un ritmo muy alto. Pronto se formó un trío cabecero en el que yo estaba presente. Para mí era una situación nueva, nunca me había

visto en algo así, y estar todo el rato a rueda, sin dar un solo relevo, fue lo que me pareció la mejor opción. Solo cuando la línea de meta apareció ante nosotros me lancé con todas mis fuerzas hacia adelante y sin mirar atrás. ¡Había ganado en Purmerend! ¡Había ganado mi primera carrera! Fue un momento lleno de satisfacción. En el podio recibí un ramo de flores y un trofeo. Y no se quedó ahí. «Felicidades, chico. Tal y como te prometí, aquí tienes los cinco florines», me dijo el hombre que había visto antes de la salida y que nunca más volvería a ver después. ¡Mi primer premio económico!

Con el semblante radiante, lleno de orgullo, caminé hacia donde estaba mi padre. Esperaba una gran felicitación, pero al llegar a su altura mi sonrisa desapareció como lo hace la nieve cuando brilla el sol. En lugar de una palmada en la espalda recibí una enorme reprimenda. A mi padre no le gustó nada que yo hubiese estado a rueda de mis compañeros durante tres vueltas y solo me hubiera puesto en cabeza para disputar el esprint. El viaje de vuelta a casa, los 130 kilómetros hasta Waalwijk, estuvo recriminándome esta forma de correr. «¡Las victorias hay que trabajarlas!». Lo cierto es que entre los pocos trofeos que conservo se encuentra aquel que me dieron en Purmerend. Lo tengo en un lugar privilegiado. Y junto a él, en mi pensamiento está aquella regla de oro que mi padre me enseñó aquel día: los triunfos hay que ganárselos.